

COLECCIÓN

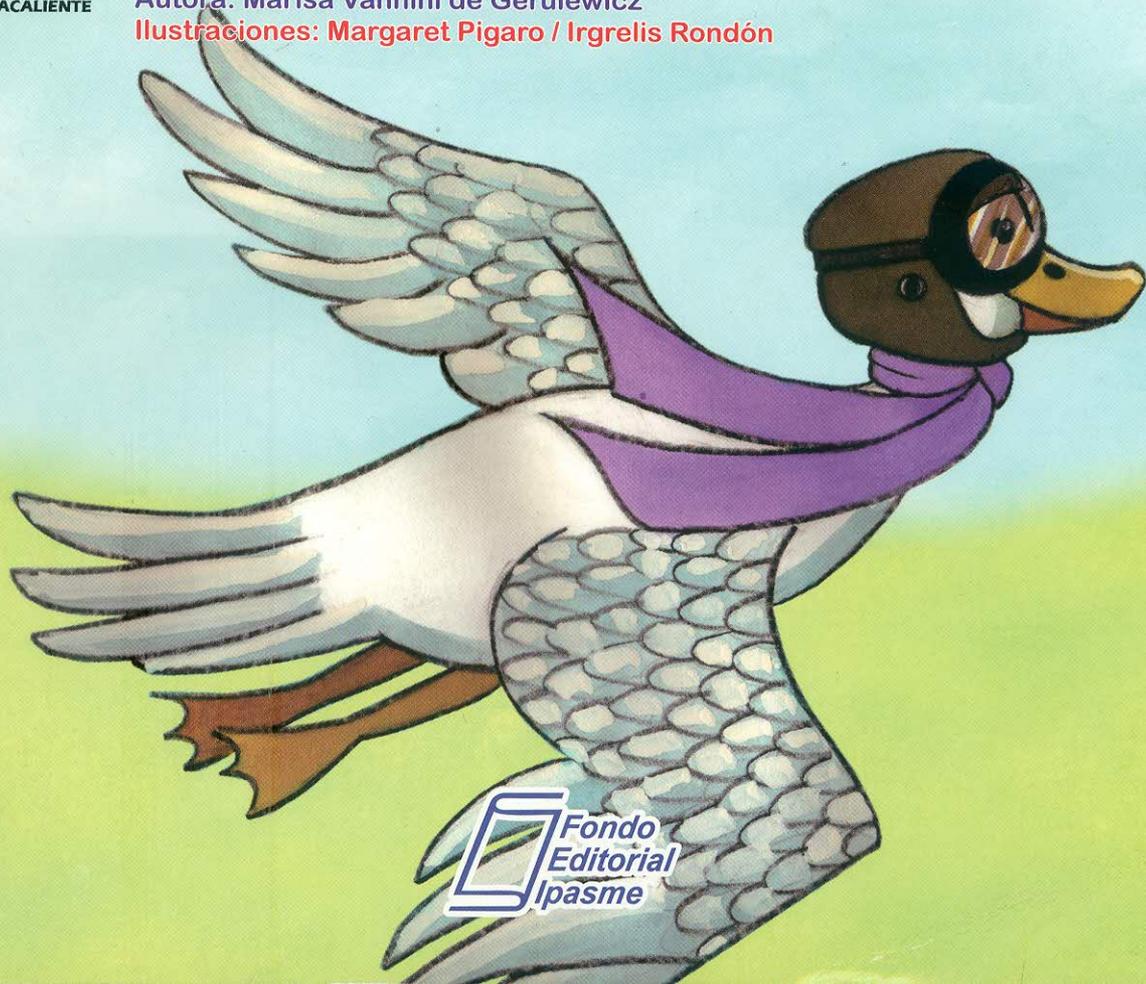


AQUILES NAZOA / PATACALIENTE

EL PATO AVIADOR

Autora: Marisa Vannini de Gerulewicz

Ilustraciones: Margaret Pigaro / Irgrelis Rondón



11

Fondo
Editorial
Ipasme

EL PATO AVIADOR

Fondo
Editorial
Ipsame

Marisa Vannini de Gerulewicz



COLECCIÓN
AQUILES NAZOA

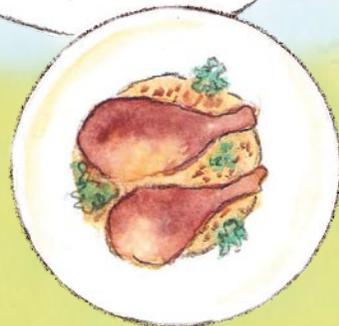
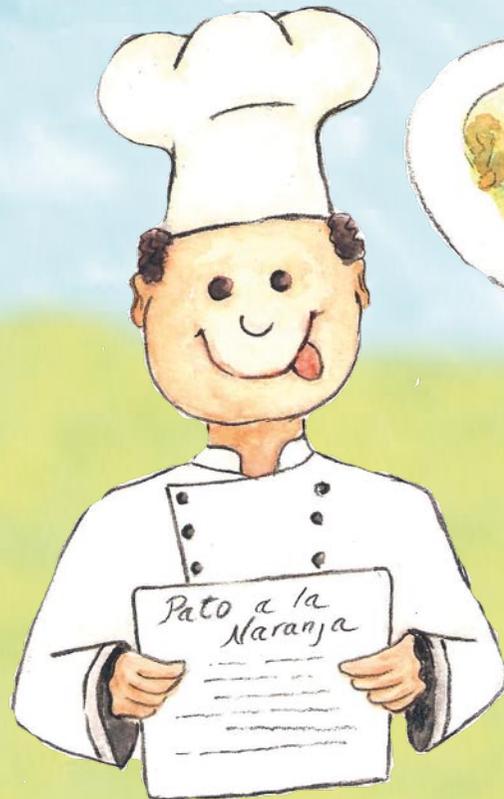




El pato Plumón vivía feliz y contento en un jardín grandísimo de una quinta grande, junto con muchos otros patos, patas y paticos. Al dueño de la quinta, el poderoso señor Ogrón de los Ogrones, se le había ocurrido poner una cría de palmípedos, y por la mañana toda la familia desayunaba con los sabrosos y nutrientes huevos que ellos ponían.



Un día Plumón, que así lo llamaban porque tenía las plumas del pecho todas alborotadas, mullidas como una almohada rellena, se llevó un susto grandísimo. Le había oído decir al cocinero que el señor Ogrón, cansado de comer tantos huevos, había decidido, en adelante, comerse los patos. El cocinero se esmeraba ya en aprontar recetas: pato asado, guisado, horneado, pato al champiñón, al vino blanco, al jerez, a la naranja. Esto sonaba buenísimo para todos, mas no para el pobre Plumón que muerto de miedo decidió de una vez escapar de una muerte tan injusta y cruel.



¿Pero, cómo hacerlo? El jardín y la quinta estaban bien resguardados, con paredes fijas y altísimas, protegidas por espirales de concertinas: ni por encima, ni por debajo de ellas, no se podía pasar. El portón eléctrico se abría y cerraba sólo de vez en cuando, al salir o entrar los automóviles de los dueños, pero de un lado y otro había casetas con centinelas armados de fusil: al que tratara de atravesar, enseguida lo detendrían, y lo más seguro era que le dispararan. Además el portón daba a la calle, lugar peligrosísimo para el que intentara recorrerla y cruzarla, por los muchos carros que transitaban a toda hora y a toda velocidad.

Sin embargo, había que actuar rápido. Se acercaba la Navidad, momento más que propicio para festines en los cuales el plato fuerte sería el desdichado pato.

Piensa que piensa, en eso vio pasar el avión que casi todos los días cruzaba el cielo en esa latitud a media tarde. Lo conocía bien, era su amigo, siempre lo saludaba. Ese día volaba muy bajo y Plumón pudo ver como a la ventanilla se asomaba el piloto.



¡Ya tenía la solución!

– Yo también tengo alas – pensó gozoso – Me escaparé volando, detrás del avión, hacia el mar, el río, los lagos.

Cuando el avión volvió a pasar, decidió seguirlo. Y así lo hizo, sintiéndose aviador él también. Voló alto, alto, alto, por lo menos creía. Cruzó la pared que dividía el jardín de la quinta cercana, pero... o no había calculado bien, o no conocía sus fuerzas, o no supo dirigir el vuelo... mientras el avión, su modelo, se iba raudo y veloz, Plumón cayó estruendosamente en todo el medio del jardín vecino, junto a un inmenso mango que lo sombreaba todo.

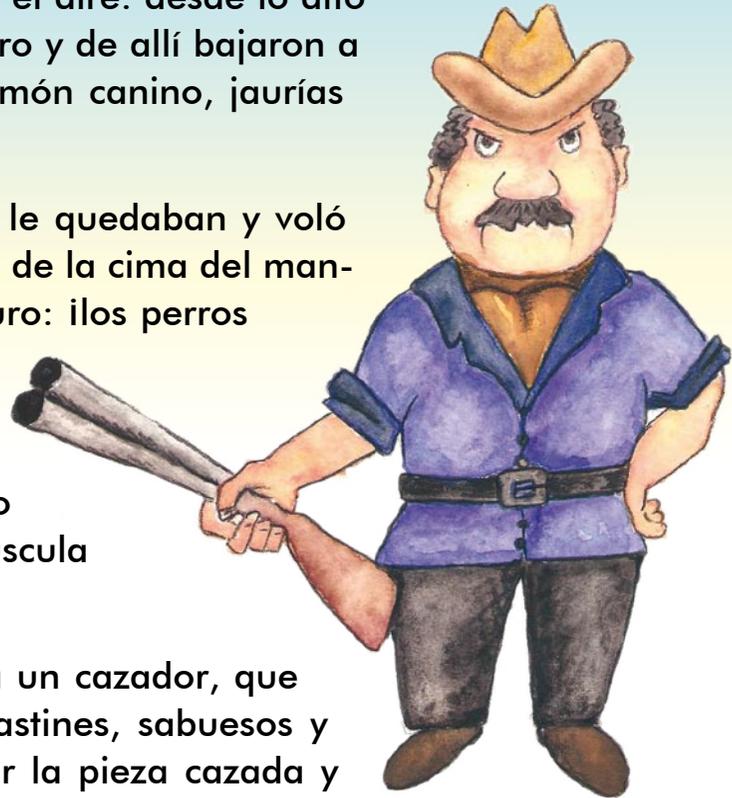
Sin embargo, por lo menos al principio se sintió un pato con suerte. Allí no había cría de patos, ni dueño que se los comiera. Reinaba alrededor una quietud infinita. Se alegró y empezó a corretear alrededor del árbol, picoteando los sabrosos frutos que a cada rato caían al suelo.



De pronto un escándalo infernal llenó el aire: desde lo alto del prado se abrió una puerta de hierro y de allí bajaron a toda velocidad, ladrando a pleno pulmón canino, jaurías de perros de todas razas y colores.

Plumón reunió las pocas fuerzas que le quedaban y voló lo más alto que pudo, hasta las ramas de la cima del mango, donde le pareció que estaría seguro: ilos perros no podían ni trepar ni volar! Pero sí podían ladrar y aullar, y debajo de él, corriendo alrededor del grueso tronco del árbol y brincando a más no poder, armaban una algarabía mayúscula que no dejaba de asustarlo.

Él ignoraba que en aquella casa vivía un cazador, que entrenaba buenos canes de caza, mastines, sabuesos y cobradores, adiestrados para recobrar la pieza cazada y llevársela.





– ¡Qué va, perecer en boca de perros, tampoco! – pensó Plumón. Y decidió no quedarse allí.

Afortunadamente, un poco más tarde llamaron a los perros a comer, en un patio detrás de la quinta, y él aprovechó el momento para levantar el vuelo, lo más alto y distante que pudo.

No llegó muy lejos en verdad: también esta vez sus alas, quizás aún un poco cortas por la edad, quizás por falta de práctica, le fallaron. Plumón se vio obligado a descender, aunque no tan estruendosamente, sino planeando, en todo el medio del jardín de la casa siguiente.

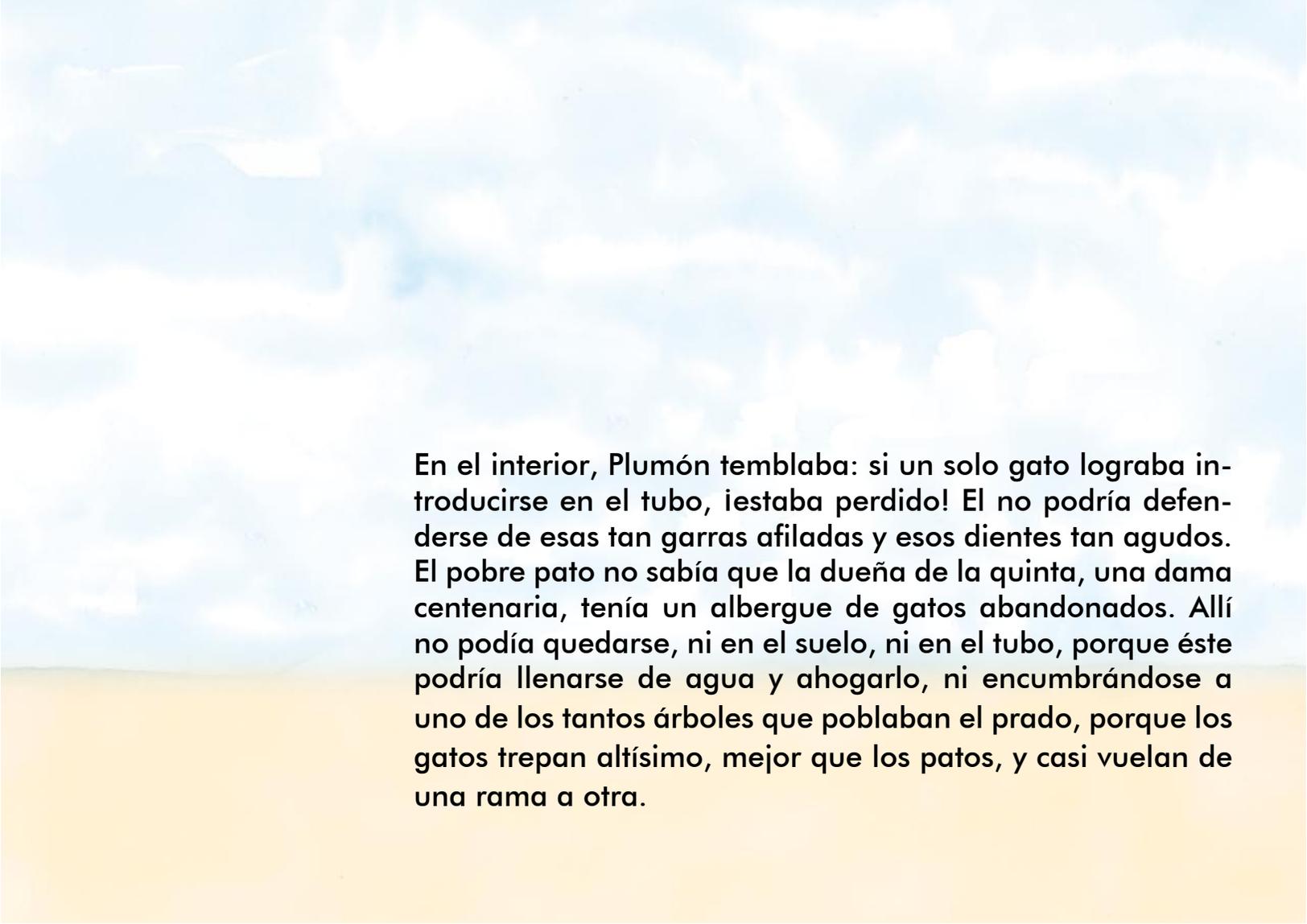
Allí no había cría de patos, ni dueño que se los comiera; allí no había entrenamiento de perros, ni perros que lo persiguieran.

– ¡Qué suerte tuve! – pensó, por lo menos al principio. Y se echó a descansar cerca de la boca de un tubo de agua por donde desembocaba el riego del jardín, picoteando la hierbita verde que allí, por la humedad, crecía fresca y sabrosa.



Sorpresivamente, un estruendoso imiau, miau! y una amenaza de arañazos se abalanzó sobre él. Apenas tuvo tiempo de introducirse, mojándose todo, en el interior del tubo (bien pensado porque, se sabe, los felinos le tienen miedo al agua y ni siquiera quieren bañarse), cuando una pandilla de gatos de todas las razas – siameses, persas, domésticos, silvestres – se presentó maullando, encaramándose sobre el tubo y tratando de explorarlo.





En el interior, Plumón temblaba: si un solo gato lograba introducirse en el tubo, ¡estaba perdido! El no podría defenderse de esas tan garras afiladas y esos dientes tan agudos. El pobre pato no sabía que la dueña de la quinta, una dama centenaria, tenía un albergue de gatos abandonados. Allí no podía quedarse, ni en el suelo, ni en el tubo, porque éste podría llenarse de agua y ahogarlo, ni encumbrándose a uno de los tantos árboles que poblaban el prado, porque los gatos trepan altísimo, mejor que los patos, y casi vuelan de una rama a otra.

¿Qué hacer?

Afortunadamente, hacia al anochecer la dama llamó a sus queridos felinos desde la terraza para brindarles leche tibia. Cuando ellos subieron apresurados, Plumón pudo salir y volar, o más bien empinarse sin ser visto en la punta de un esbelto abeto, donde pensó que podría permanecer por algún tiempo camuflado, sin moverse, ya que, se sabe, los gatos no tienen gran olfato y quizás no lo detectarían tan rápido.

De todas maneras, una vez secado el plumaje y recobradas las fuerzas, emprendió de nuevo el vuelo, proponiéndose ir muy lejos... pero otra vez no pudo llegar sino hasta el jardín siguiente.



Allí afortunadamente no había dueño que criara patos para comérselos, ni cazador que entrenara perros, ni dama que recogiera gatos. No se veía animal alguno, sólo seres humanos. Suspiró de alivio. Se sintió a salvo, pensó que podía estar tranquilo. Ya caía la noche y se echó a dormir arrebujado entre las hojas y las flores perfumadas de una encendida trinitaria.

Al día siguiente, se estaba desperezando y calentando a los primeros rayos del sol, cuando unos alegres gritos le hicieron temblar otra vez:

- ¡Allá, allá arriba!...
- ¡Un pato!
- ¡Sí, es un pato!
- ¡Corran, busquen las chinas, vamos a darle!

Debajo de él, un ejército escalonado de hombrecitos todos vestidos igual, pues tenían el uniforme del colegio, armados de una china pequeña pero certera, arrojaban en su dirección un diluvio de piedras, guijarros, trocitos de madera.

- ¡Dale, dale al pato!
- ¡Yo le di!
- ¡No, no le diste, vamos otra vez!
- ¡Ya casi le doy!



Lo hubieran alcanzado, si afortunadamente un toque de corneta y la llamada apresurada de la madre de los muchachos no los hubiese alejado de allí.

– ¡Niños, qué hacen, vengan rápido, ya llegó el autobús, los va a dejar!

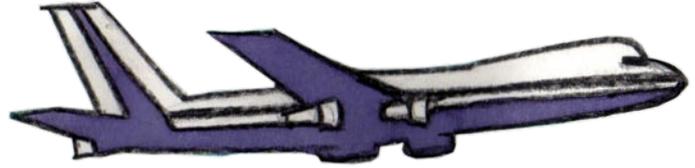
Los hermanitos salieron corriendo felices, pero Plumón se quedó muy preocupado. Regresarían pronto de la escuela y volverían a emprenderla con él, tomándolo como blanco... por más que se escondiera, lo encontrarían, y lo acosarían.- ¡Al pato, al pato, vamos a darle!

Así fue, en efecto. Por más que Plumón se cambiase de mata y tratase de esconderse, cada día, al regresar de la escuela, los siete hermanitos escalonados lo buscaban casi en un juego de escondite, y al hallarlo empezaban a atacarlo con sus chinas.

Este juego seguía día a día. Se había entablado entre ellos una especie de amistad, él se escondía y ellos lo encontraban, lo atacaban y no le daban. Plumón llegó hasta creer que podría pactar con ellos, que si bajaba o caía al suelo no lo perseguirían, lo dejarían correr por el jardín, sin hacerle daño... pero no estaba tan seguro...

Así que continuó pensando en la manera de irse, pero lejos, mucho más lejos, porque lo de volar tan sólo hasta el próximo jardín no servía, quien sabe cuál nuevo peligro le estaría esperando.





Pensó y pensó, y cada vez que pasaba el amigo suyo, el avión de la media tarde, se fijaba muy bien en cómo volaba, cómo tenía las alas, cómo enderezaba la trompa, la posición de la cola, el aire que desplazaba. Durante la noche repasaba lo aprendido y por la mañana, apenas los niños salían, dejaba las ramas protectoras y volaba, volaba dentro del jardín, de un árbol a otro, en círculo, alrededor de la casa, en línea recta, oblicua, horizontal, vertical, de abajo arriba, de arriba abajo.

Poco a poco se sentía más seguro, un experto, un as de la aviación.

Al aproximarse el fin del año escolar oyó que el mayor de los hermanitos gritaba a los demás:



– ¡Mañana empiezan las vacaciones! ¡Vamos todos a pegarle con las chinas, lo bajaremos de la mata, lo haremos correr por el jardín, lo atraparemos!

Entonces decidió irse de verdad, verdad. ¡Ya estaba preparado!

Cuando pasó su amigo el avión de la media tarde levantó alto el vuelo y lo siguió sin temblar, sin acobardarse, sin vacilar, siempre más alto, siempre más lejos. Hasta que por fin divisó, azul y espléndida, la superficie del mar y sobre ella planeó, perdiéndose luego feliz entre la espuma de las olas y la tibia arena de la orilla. Allá vivió seguro, protegido y contento.

Y desde aquel día Plumón cambió su nombre por el de Pato Aviador.





MARISA VANNINI

Nací en Italia, Florencia, la “ciudad de las flores”. Mis padres me trajeron jovencita a Venezuela, país al cual quiero mucho. Soy profesora de Letras, graduada en la Universidad Central de Venezuela y luego estudié Idiomas Modernos en el Instituto Pedagógico. Soy docente de toda la vida empecé con Pre-escolar, luego Primaria y Bachillerato, hasta ser profesora de la Universidad Central de Venezuela y de la Universidad Metropolitana.

Escribo cuentos para niños y jóvenes, muchos de ellos los he creado junto con mis alumnos cuando daba clases en el pre-escolar y primaria. Ahora soy una señora anciana, tengo tres hijos y cuatro nietos, los cuales quiero mucho y son: Natalia, Fabián, Eugenio y Simón. A ellos y a todos ustedes mis queridos pequeños les dedico estos cuentos.

Saludos

Marisa Vannini



plan revolucionario de
LECTURA

POR LA LIBERACIÓN DEL PENSAMIENTO

